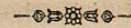


# MEMORIAS

PARA SERVIR

## A LA HISTORIA ECLESIASTICA

DURANTE EL SIGLO XVIII.



1701.

— El 30 de marzo, Ordenanza é Instruccion pastoral de M. de Nesmond, obispo de Bayeux, contra una obra que acababa de publicarse en su diócesis. Era autor de esta obra Cally, cura de Caen, al cual habia acarreado ya algunos contratiempos su adhesion al cartesianismo. Ocupábase mucho en la conversion de los protestantes, hacia conferencias para ellos y se esmeraba en disipar sus preven- ciones. Creyó conseguirlo, renovando el sistema del célebre Durand, el cual habia dicho, antes del concilio de Trento, que si alguna vez decidia la Iglesia habia transubstanciacion en el misterio de la Eucaristía, era necesario que quedase algo de lo

que era antes el pan, para establecer alguna diferencia entre la creacion ó la produccion de una cosa que no existia y la aniquilacion ó destruccion de la que era. Preocupóle esta idea é hizo acerca de este asunto una obra que tituló; *Durand comentado, ó conformidad de la filosofía con la teología por lo concerniente á la transubstanciacion*. Mandóla al protestante Basnage, retirado á la sazón en Holanda, y encargó á un impresor de Caen que tirase sesenta ejemplares, los cuales se proponia remitir á muchos hombres capaces y esclarecidos, á fin de que juzgasen si la obra merecia la luz pública. Hizo el impresor ascender el número de ejemplares hasta 800; prometiendo al autor la aprobacion de algunos doctores en teología, y mientras tanto publicó la obra que levantó reclamaciones. Echáronle á mal esa metafísica sutil que sometia á sus reglas hasta los misterios, y que negaba en un dogma lo que ya habia definido la Iglesia, bajo el pretesto de que esta distincion no estaba en armonía con las distinciones sofisticas de las sutilezas de la escuela. Echóse de ver que la esperanza de atraerse á los protestantes por este medio era de todo punto vana é ilusoria, y que debia temerse, al contrario, que triunfasen sobre una doctrina mas aproximada á la suya que á la nuestra. El señor de Nesmond, pues, obispo de Bayeux, prelado celoso de sus deberes, dió á 30 de marzo de 1701 una Instruccion pastoral, condenando en ella diez y siete proposiciones, entre-

sacadas del *Durand comentado*. Cally, que habia escrito su libro, á lo que parece, con buenas intenciones, adhirió á este dictamen y se retractó el 21 del abril siguiente. Hasta quiso leer la Instruccion en el púlpito, aunque se lo habia dispensado el obispo; y tuvo particular cuidado de hacer saber á sus feligreses que él era el autor del libro en cuestion, y que se habia ya retractado de sus máximas. Esta sencillez y humildad hacen honor á su caracter y á su religion. Añádese que recogió todos los ejemplares de su obra que estuvieron á su alcance, y desde entonces no se habló mas de este asunto, el cual habia hecho al principio bastante impresion pudiendo, á manos de un autor obstinado, acarrear secuelas desagradables no solo para este, sino para la misma Iglesia.

— El 10 de abril, sentencia del provisor de Dijon sobre un presbítero acusado de quietismo. Mucho se habia hablado en Francia del quietismo en los años precedentes. Reciente era todavía la condena de la obra de Fenelon. Las obras de Molinos, las de madama Guyon, y las de Malaval habian sufrido sucesivamente censuras. Ultimamente la Burgoña habia sido testigo de los extravíos de un sacerdote llamado Roberto, el cual profesara abiertamente la doctrina de Molinos, seducia con fingidas visiones el ánimo de algunas mugeres, de lo cual se servia luego para corromper su corazón. Reuniéronse los dos poderes para castigarle y se escapó. Complicóse en este asunto á otro presbí-

tero, el cual parece que no habia tenido la menor parte en él. Por él hemos redactado este artículo. Llamábase Quillot, servia una de las parroquias de Dijon y estaba en posesion de la confianza de muchísimas personas. Su piedad era conocida, sabíase sin embargo que habia sido muy amigo de madama Guyon. Habia recibido en su casa, en 1686 á esta señora y al padre Lacombe, esparciendo ademas las obras de la primera. Estos motivos, fueron, al parecer, los que le hicieron comprender en la sentencia del provisor de Dijon, en 1700, contra los adherentes y sectarios del presbítero Roberto. Condenaba esta sentencia al abate Quillot á permanecer tres años en un monasterio, á no confesar mas, y hacer plegarias y limosnas. Él reclamó contra esta sentencia; dió á luz algunas memorias y alegó en su defensa que, si habia podido engañarse al principio por las apariencias de piedad de muchos falsos místicos; no habia adoptado jamas sus perniciosos errores, ni enseñado hasta las menos criminales de sus máximas, desde que fueron condenadas por la santa Sede y la Iglesia galicana. Así que, solicitó la revision del proceso y efectivamente revocó el provisor la sentencia, declarándole en otra *enteramente* libre de la acusacion formada contra él. Con esto volvió al ejercicio de sus funciones; mas poco tiempo despues pareció en Dijon un escrito anónimo, el cual bajo el título de *Historia del Quillotismo*, daba una infiel relacion de este negocio y tendia á hacer pasar á

Quillot por un caudillo de secta. El señor de Clermont-Tonnerre, obispo de Langres (no habia aun obispo en Dijon), condenó este escrito por ofensivo, tanto á la verdad de los hechos por las calumnias que en él se prodigarán, como á la pureza de las costumbres, por la naturaleza de los detalles en que se entretenia. Parece en efecto que reinaba en este libelo mucha parcialidad y licencia. Condenóle á las llamas el parlamento de Dijon, y pasada esta efimera borrasca recobró el abate Quillot la estimacion y confianza que se pretendiera hacerle perder.

— El 16 de setiembre, Jacobo II, rey de Inglaterra, muere en S. German en Laya, en donde Luis XIV le habia dado un asilo. Despues del último esfuerzo que este desgraciado príncipe habia hecho en 1690 para restablecerse en el trono, habia renunciado á todos los pensamientos de grandeza humana, y no se ocupaba ya sino de las verdades eternas. La soledad, oraciones y lecturas piadosas llenaban todos sus momentos. Hablaba de su juventud para lamentarse de sus desórdenes, y siempre con calma y resignacion de sus desgracias y enemigos. Visitaba una vez al año los religiosos de la Trapa, á quienes edificaba con su piedad.

Fueron sus restos sepultados en la iglesia de los benedictinos ingleses de la calle de Santiago, en París. Tres visitas hizo al príncipe moribundo Luis XIV, prometiéndole reconocer al príncipe

de Gales, su hijo, como heredero de sus derechos. En efecto, desde el momento que feneció Jacobo, Luis saludó rey al príncipe de Gales. Al mismo tiempo escribió á Guillermo que este título no introducía ninguna mudanza en su último tratado; no habiendo sido su intencion otra que la de asegurar al hijo de Jacobo un estado digno de su rango. Por plausible que fuese esta esplicacion. Guillermo quien proyectaba, tiempo hacia, la guerra, se sirvió de este pretexto para animar el pueblo ingles, del cual fué en verdad bien ayudado, por la fuerte antipatía de la nacion con respecto á los católicos. Abrióse el siglo XVIII con una grande injusticia contra estos. El 23 de marzo de 1701 perpetró el parlamento de Inglaterra un acto famoso, que excluyó para siempre al hijo de Jacobo II de la sucesion al trono. Mas habiendo muerto sin sucesion las dos hijas de Jacobo, fué necesario buscar en los descendientes de los Estuardos por las hembras, una rama que tuviese derechos, aunque lejanos, á la sucesion. Muchas familias tenian pretensiones á ella; la casa de Orleans, la de Saboya, etc. Eran empero católicas y esta sola calidad bastaba para escluir las. Remontándose hasta Jacobo I, se halló que su hija Elisabeth, casada con un elector palatino, habia tenido, entre otros, una princesa llamada Sofia, la cual vivia aun y estaba casada con un duque de Brunswick-Hanover. Esta y sus herederos fueron los llamados á la sucesion. Calculóse que habia en Europa cuarenta y cinco personas con mas dere-

chos que ella al trono de la Gran-Bretaña; mas era ella protestante, y aun cuando la reconocida no perteneciese á la comunión anglicana, se persuadieron que ella y su hijo no opondrian ninguna dificultad en asociarse á la iglesia establecida; y efectivamente el príncipe luterano se hizo anglicano sin dificultad. No era tanta su adhesion á su fe primitiva para arrostrar los mismos sacrificios que Jacobo. Poco sobrevivió Guillermo á esta medida; seis meses despues de la muerte de Jacobo ya no existia. Habil en la guerra y en la política, no fué nada escrupuloso por lo que toca al destronar á su suegro y tio. Los Ingleses no le apreciaron mucho, de suerte que el pueblo manifestó una immoderada alegría cuando murió. Los mas imparciales historiadores ingleses han hecho justicia á Jacobo, y han ensalzado su buen éxito en los combates, cuando no era sino duque de Yorck: es cierto que le han echado en rostro las faltas de su reinado. Su mayor sin razon, dice otro historiador, fué tal vez la de no haber sido profeta y de no haber previsto á donde le conducian sus pérfdos consejeros, impeliéndole á dar imprudentes y precipitados pasos. Exagerábanle su poder y le desviaban de los miramientos que hubiese aplaudido la discrecion. El mismo Jacobo reconoció con el tiempo sus sugeriones, y su piedad no le impidió convencerse de que hubiese servido mejor á la causa de los católicos, empleando un poco mas de reserva. El 17 de abril de 1693 hizo en San German

una declaracion, donde manifestaba su intencion de sostener la iglesia anglicana, y se ha conservado una conversacion, que tuvo con cierto señor ingles, relativamente á este asunto, en la cual espuso el príncipe sus razones; añadiendo que habia consultado á algunos obispos de Francia, y doctores de la Sorbona, los cuales le habian confirmado en este modo de pensar<sup>1</sup>. En esta misma conversacion confesó que se habia llevado mas allá de lo que debia, arrastrado por católicos bastardos. A mas de que, si cometió faltas harto las reparó con su vida piadosa que llevó en sus diez últimos años. Sobrellevó con valor la adversidad y hasta llegó á mirar su desdicha como un rasgo de la divina misericordia por su bien. Cuando estaba agonizando, perdonó á su yerno, y recomendó al príncipe de Gales que nunca pusiese en paralelo una corona y la religion. No se manifestó apesadumbrado sino por las desgracias de los que todo lo habian sacrificado por su fidelidad á su rey. Cualquiera que sea el juicio que formen los políticos de este monarca, siempre alabará la religion su caracter y firmeza, y honrará la memoria de aquel que prefirió á su trono su fe, y que no debió su caida sino á la traicion de sus enemigos y á la infidelidad de sus súbditos,

— El 5 de diciembre Clemente XI nombra en consistorio un legado para la China y países circun-

<sup>1</sup> *Historia de la Iglesia de Inglaterra*, por Dodd, tom. III, pag. 421.

vecinos. Hemos visto mas arriba que estaba alterada la paz de las misiones del Oriente por la diferencia de opinion entre los misioneros acerca de las prácticas ó ceremonias, que los unos toleraban, al paso que las proscribian severamente los otros. Trasladóse de nuevo la cuestion en Roma, y se agitó allí bajo el pontificado de Inocencio XII. La muerte de este Papa retardó su decision, y Clemente XI ordenó que se continuase el examen de este negocio. Hizo reunir una nueva congregacion, recibió nuevas memorias, y consultó á los mismos individuos que habian vivido en los lugares en cuestion. Tambien creyó deber echar mano de otro recurso, y resolvió enviar á esas comarcas un visitador apostólico, con omnímodos poderes. Escogió para la tal mision á Maillard de Tournon, eclesiástico piemontés, al cual confirió el título de patriarca de Antioquía, haciéndole su legado *à latere*, y encargándole que viese en sus propios ojos los objetos de las contestaciones, reformase los abusos, y adoptase lo que le pareciese mas discreto. Revisióle de todos estos poderes en un breve, el 2 de julio de 1702, el cual le conferia la mas lata autoridad. A buen seguro que d'Avrigny no habia leído este breve cuando aventuró que Maillard de Tournon no habia sido enviado á la China sino con el encargo de tomar informes. Veremos en 1704 y en 1707 las medidas que tomó el legado y las consecuencias que tuvieron.